

Aclaración

(Prólogo de la 2^a edición)

Entre los reparos críticos hechos a *D. Quijote en América*, hay uno muy fuera de razón y hasta risible, cual es la infundada suposición de que el autor, a humo de pajas y sin ton ni son, haya querido poner en escena a D. Quijote y Sancho, pretendiendo audazmente continuar la obra de Cervantes, como en otros tiempos lo intentara, con mejores títulos, el famoso Avellaneda.

Es claro que si esto fuere cierto, muy justa sería la crítica, y, tanto, que no solamente los entendidos en la materia, sino cualquier hijo de vecino tendría derecho de subirse al campanario del templo de las letras, para tocar a rebato, amotinar la literaria grey de aquende y allende los mares, y lanzarla contra el sacrílego profanador del gran libro cervantino.

Pero no hay tal, queridos lectores: ni remotamente ha tenido el autor tan insensata pretensión, y es muy otro el pensamiento que campea en todas las páginas del libro.

La obra inmortal de Cervantes es como un río grande y majestuoso, que corre desde hace siglos, deleitando al mundo entero con la pureza y saludable virtud de sus aguas; y este Quijotillo criollo, no es sino una simple acequia de regadío, derivada de aquel amplísimo cauce, con el sano propósito de llevar esas mismas aguas a un nuevo campo, necesitado del provechoso riego de la crítica.

No se requiere mucho vuelo intelectual para comprender que no sólo gran audacia, sino ridiculez extrema sería emprender la continuación del Quijote: lo primero, porque el Quijote es obra del genio, obra acabada e intangible, y, de consiguiente, incontinuable; y lo segundo, porque aun cuando admitiese añadidura, trabajo sería de otro genio, que no ha nacido ni se

espera que nazca pronto, pues ingenios como el de Cervantes, valiéndonos de la expresión de Solís, son de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia.

Lo que sí puede emprender cualquier escritor bien intencionado, por criollo y humilde que sea, sin nota de audacia ni ridiculez, es el trabajo, no tanto literario, sino moral y patriótico, de aplicar la crítica cervantina como correctivo de vicios y preocupaciones reinantes en lugar y época determinados; puesto que siendo Cervantes uno como gran pontífice y legislador del arte crítico, no puede haber atropello ni desacato alguno en aplicar a casos concretos su ley y su doctrina, donosamente personificados en D. Quijote y Sancho.

D. Quijote en América no ha nacido de un vano deseo de gloria ni de renombre, sino de un acto sincero de buena voluntad: en su composición, más ha trabajado el corazón que el entendimiento. Así es que no es obra de aspiración literaria, sino obra de intención patriótica: es la aplicación del legendario Quijote como correctivo de un mal que nos aflige, muy generalizado en Hispano-América, que consiste en el menosprecio de lo criollo y la servil imitación de lo extranjero; mal que se encubre bajo la capa de un progreso superficial, y que acabará por desnaturalizarnos del todo, privándonos de creencias, carácter, tradiciones, costumbres, industrias y cuanto de antiguo forma nuestro patrimonio de raza y nuestro distintivo señorial. Y toda esta inmensa pérdida ¿en cambio de qué? en cambio de vestir una abigarrada librea, para ir detrás, siempre detrás del extranjero, convertidos en dóciles lacayos.

Este mal funesto, que se apodera de la juventud y cunde en el pueblo, tanto más perjudicial porque seduce y cautiva con brillantes apariencias, necesita un remedio popular y heroico: necesita aplicarle el cauterio del Quijote.

A este punto principal, de interés hispano-americano, se dirigen todos los hilos en la trama de esta novela: y si el examen crítico debe ir siempre al grano, al fondo de las cosas, a este punto principal deben dirigirse sus

juicios, antes que andarse por las ramas, dando motivo para creer, en este caso, que no obedece la pluma a las reglas del arte, sino al refrán que dice: quien se quema, sopla.

Harto satisfechos estamos, sin embargo, del éxito alcanzado, por la buena acogida del libro entre los doctos y el público en general; y bien quiéramos, en señal de nuestro aprecio y agradecimiento, publicar aquí los juicios honrosísimos que sobre él se han hecho dentro y fuera del país, así por la prensa como en cartas particulares, pero siendo muchos y autorizados los más por personas muy competentes en ciencias y letras, nos detiene el temor de que no se atribuyese a tal su publicación, sino a desquite de la tacha que hemos rebatido, o a vanidoso alarde de los aplausos prodigados a la obra, cosas muy ajenas de nuestro carácter.

Debemos, sí, reiterar la expresión de nuestra gratitud al Exmo. Señor General Cipriano Castro, Presidente de la República, por la honorífica y generosa protección que espontáneamente dio a la obra tan luego llegó a sus manos, lo que contribuyó en mucha parte a que pronto se agotase la primera edición, y nos viésemos en la necesidad de emprender la segunda, que ahora ve la luz, corregida de los yerros advertidos, en la esperanza de que el lector vea con ojos de piedad los que todavía le quedan, que no son, de seguro, los de menor cuantía.

El autor

Abril de 1906